

# De pocas palabras

Mario Ortiz Villanueva



# Capítulo 1

1

Aprendí a inmortalizarte en mí, en mi universo, mas no conmigo, sino en los versos de quien fue capaz, sin saberlo, sin desearlo, lo que con devoción intenté, mas nunca logré.

2

Asesiné a Dios, mas lo hice por amor. Alguien lo predijo, sin embargo, al escuchar sus palabras comprendí que era ya demasiado tarde para evitarlo.

3

Te regresaré tu vida si me ofrendas la de tu hijo.- le dijo Dios a un hombre. Ahora ambos sufren; y pese a ello, nadie recordará sus nombres.

4

La dicha te visita con frecuencia... No, no seas modesta. Que cómo lo sé, mi sufrir mendiga por compasiones que le vanaglorien.

5

Nunca fui bueno en algo y aun así malgasté tiempo en todo. No me apesadumbra el recuerdo de lo que perdí, sino el dolor que pude haber ahorrado.

6

Degusté el eco estridente de tu voz en mis silenciosos pensamientos.

7

Por amor me volví, de entre tantas cosas: prisionero, asesino, ladrón. He aquí algunos versos que robé:

"Si alguna vez me ves..., digo, si alguna vez, me encuentras al pasar..., intenta sonreír, puesto nada resulta más agradable que una mujer nos mire a los ojos y sonría".

8

Lo que sabe el poeta y desconoce Jung, es el que el arquetipo del sueño

suele engañar.

9

Te escribo sin importar el día ni la hora, sin que seas consciente, te percales o lo sospeches; mas tengo el temor de la certeza de que cuando lo hagas, dejaré yo de hacerlo.

10

Vierto diluvios de palabras en honor a tu recuerdo. Me he enamorado del consuelo que brinda la lluvia.

11

A ti que te alimentas de mi dolor, que te causa alegría mi sufrir; a ti que mis sollozos inspiran tu cantar, te ofrendo mi longevo llanto, mas prométeme que nunca me dejarás en la silenciosa compañía de tu ausencia.

12

Y de pronto, mientras las esperanzas agonizaban, las ilusiones se humedecían, los augurios se consumían, la fe se cristalizaba, llamó a la puerta. Nunca pude reconocerlo, y sin embargo, nunca he dudado de que fuese él. Arribó, derrumbando los santuarios cristalinos de resignaciones, contruidos con lágrimas de huracán dolor. Llegó para consumir la miseria, arrojando la piedad de los consoladores susurros de un desdibujado recuerdo. Ahora solo malgasto mis evaporadores hálitos en vísperas de que sea atendida mi desesperada invitación al amor que me devuelva mis sueños preciados.

13

No se vive de esperanzas, ni de palabras; lo siento, mas nunca aprendí a vivir, me enamoré de la encantadora beldad de los sueños.

14

Contemplé en el penumbroso abismo de tu mirar, el cálido fulgor de un sentimiento familiar; mas por escozor, deseé no reconocerlo, mucho menos abrazarlo.

15

Mis mejores escritos residen en el libro azul de mis sentimientos; si tan solo pudiese interpretarlos, leerlos, sería digno siquiera de mendigar por

tiempo.

16

Pese a tener por certeza que eres mi último fracaso, todas las noches escuchan las notas tristes de los murmullos de mi llanto de impotencia que implora la misericordia de un despiadado, químerico, guajiro éxito.

17

Sentí, aprecié, percibí su desprecio, pese a que su mirada, a mi deleznable, abyecta figura no se dirigía, no atendía, evadía. Mi feral puño reclamó fatua justicia, desfigurando, cristalizando su falsa presencia. Sangre, de portador desconocido, se derramaba; lágrimas mutuas brotaban. Una confesión se lamentó en silencio, pregonando una lacerante disculpa por fecundar una decepción.

18

Exiges, reclamas, imploras un cambio, una traición, amor; mas como me sería posible tener lealtad a un retrato desteñido; como pudiese amar a un desconocido, a algo inexistente.

19

Que no sirvan de excusa el amor, la compasión, el repudio. Que no se me prive de mi balsámico letargo, sin importar si sufro, si fracaso, si devaneo, mi dolor, mi angor, mi grima, mi cuita. Si se me habla, que no sea esperada respuesta alguna. Si se me ama, que no se siembre la esperanza del que le resarciré. Que en mí, se pierda toda fe. De lo contrario, llegaré a fenecer.

## Capítulo 2

20

Si Dios amara como lo confiesa su palabra, comprendería el inefable dolor que provoca el abismo penumbroso que fecunda en uno.

21

La historia es caprichosa, queriendo siempre llamar la atención.

22

Conservo el devaneo adictivo de apostar mis soledades a verte de nuevo, impelido por los seductores, arteros, pérfidos sentimientos que atizan el rescoldo de tu recuerdo.

23

Sólo en ese ligero momento en que besan los versos, es aceptable el desdén de perderlo todo.

24

No creo que Dios merezca un deleznable siervo incapaz de amar como yo.

25

Escribo, a menudo, epístolas al olvido en vísperas de conseguir su amor.

26

Y regresé a esos marchitos, silenciosos versos, en búsqueda de tu recuerdo.

27

Oteando el porvenir con ojeriza, encuentro una desolada melancolía; qué será de la abandonada poesía, quién habrá de atender el canto de su descorazonado llanto.

28

El vagabundo, prisionero de tormentas,  
en sus ferales noches,

encuentra el calor  
de sus caricias añoradas;  
y sin embargo, no emprende paso  
a la voz de sus primaveras.

29

Merodeando los dédalos del mirar hechicero de una entristecida noche,  
encontré la beldad de una marchita flor; cuánta pena, cuánto dolor, por  
los alegres sueños, que alguna vez, sus opacos pétalos confesaron.

30

Si Dios tiene la maldad de no existir, no te desilusiones, no llores, que yo  
lo creare para ti.

31

El perenne, sempiterno llanto de un viejo, cansino reloj, confiesa el  
escozor de contar horas ajenas.

32

Ni la soledad de Cristo y su triste mirar, se comparan con las del señor,  
dueño de mi devoción.

33

Y mi corazón le ofreció una disculpa a Dios por rechazar su amor,  
alegando haberse enamorado de otro. Mas en grises días, recuerda,  
piensa, duda, qué habría sido de haber correspondido.

34

En el triste canto de su soledad, encontré el consuelo de un beso de  
buenas noches que invita a soñar.

35

El silencio de mis palabras calla el nombre de sus amores, en respeto a  
sus corazones, pues nunca serán dignas de ser queridas por tales  
inefables sentimientos.

36

No, ésta soledad no posee una voz aherrojada, sino un silencio mortecino.

37

Si Dios ha muerto, no aprecies el cielo.  
Si a la soledad no has conocido, no atiendas la voz de su silencio.  
Si un abril no has perdido, de un otoño no busques el consuelo.

38

Solo en su mirar, logro comprender el silencio de Dios.

39

Creo en la poesía  
como el honesto sentimiento de amor  
que comparte la tristeza del dolor;  
y queno pretende ser alegre.

Creo en la poesía,  
pues su ajada voz revela una verdad,  
a la cual,  
incluso Dios teme.

Creo en la poesía  
como una religión carente de fe,  
que no exige esperanzas;  
que sólo profesa  
que tras un mentiroso silencio,  
se esconde una abandonada realidad.

40

Pronto llegará el momento  
en que el soberbio mundo  
se percate de la presencia de su abismo;  
y busque, con desespero,  
el eco del susurro de la ausencia  
de una olvidada soledad.

## Capítulo 3

41

Tuyo es el dulce canto de la tristeza del diablo.

42

Tantas son, las canciones que tus oídos no llegaron a escuchar, por culpa de una voz que no supo hablar.

43

Otra vida no,  
ya he causado suficiente dolor.

44

Fuman las casas ahogando sus penas

45

Mi calendario solo recuerda poemas.

46

Lo siento, Octubre, llegaste tarde: me quedé sin versos.

47

Yo solo ofrezco el amor; el silencio las excusas.

48

En ocasiones, creo entender el porqué del suicidio de Cristo.

49

La vida desiste, muere, en el recuerdo de la esperanza.

50

El diablo, preso de la tristeza de su soledad, pudo encontrar más humanidades que Dios.

51

Mis recuerdos tan sólo son mentiras que consuelan.

52

Y alguien me contó la parte de ese recuerdo que olvidé.

53

Visité ese sueño en que alguien olvida y sólo uno puede recordar.

54

Errabundo y decepcionado, viaja mi corazón en el eco de la lóbrega voz de un Diablo. "Uno no puede dar lo que no tiene".

55

Mi calendario de versos, se marchita en espera de tu regreso.

56

Menester me es, atizar el calor de tu recuerdo, a fin de no morir, en los fríos brazos de la soledad.

57

Incluso Cristo, si contemplara tu mirada, desertara de su calvario y compartiría un infierno a tu lado.

58

A menudo te veo desde la calle de mis sueños; sueles frecuentar la avenida no me olvides, esquina Eterno Abril.

59



Y Dios le dijo al corazón: Me amarás por sobre todas las cosas; ahora ambos están abandonados en su propio olvido.

60

Me extraño cuando hablo una lengua que no expresa mis sentimientos.

## Capítulo 4

61

Cuántas veces,  
disuadió Dios  
a Cristo  
de cometer suicidio;  
tan sólo, para matarle después.

62

Linda agonía  
era zozobrar ante el futuro,  
y no el saber  
que cada día  
pudiese ser el último.

63

En el beso de la muerte  
encontré los piadosos labios del lamento.

64

Y los retratos  
rinden sus rostros al suelo;  
ofrendando un perdón  
por el recuerdo grato,  
de un ayer  
que no ha de volver.

65

Las lágrimas de Cristo  
confiesan el dolor  
de su peor calvario:  
haber deseado  
una muerte tranquila  
en la que María  
no culpase a Dios.

66

Felicidad causa de desdichas;  
desgracia de María  
haber tenido a Cristo,  
sólo para verlo morir

entre sus brazos;  
ofrendar un corazón  
para redimir  
una culpa ajena.

67

Cristo no es el único hijo de Dios  
que sufrió  
a costa de los demás;  
mas,  
pareciere ser el único en tener nombre.

68

Versos de penitencia  
por la pena  
de ufanarse de ser el único quien sufre;  
escozor de redención  
por percatarse no serlo.

69

Vivir es una vanidad  
que no cualquiera puede darse,  
que no cualquiera desea hacerlo.

70

No me gustaría ser remplazado al morir.

71

En el eco de un sueño  
encontré el llanto de un desolado,  
abatido Cristo.

-He muerto por ti.

En las lágrimas de un insomne corazón,  
encontré la penitencia de mi mayor pecado.

-Lo lamento;  
mas, no puedo seguir soportando  
más culpas.

72

Subrepticio silencio,  
mohína barahúnda de Dios  
que soterra y propala  
la ignominia, escozor,  
cuita, grima  
por no ser sus hijos  
lo que él esperaba,  
incluso aquel en que tenía mayor esperanza.

73

Cuando la voluntad se diluye en lágrimas,  
y se deshoja con suspiros,  
decanta el calvario del mirar ajeno  
la vacua plegaria de un Cristo sin fe.

74

Lucifer soñó entre lágrimas ser Cristo;  
Cristo lloró en sueños por verse morir.

75

Litúrgico lamento penitente el hacer de tu dolor míseros versos.

76

Ahorro sólo lo suficiente para mi funeral.

77

El eco de los versos de una muerte, confesome el pecado que sufre Dios.

78

Piadosa es el alma que sólo llora en sueños.

79

Qué será de Dios llegado el día en que, incluso, las plegarías, duden de para quien cantan.

80

El llamado del teléfono me informó de otra muerte.  
Su nombre sonaba al que fuese el mío;

quizá lo hubiere sido;  
y no ahora el ser que vivo;  
que reza por aquellos  
que murieron  
en su lugar.